

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CONDE DUQUE, 32, DUPLICADO

NUMERO SUELTO 15 CÉNTIMOS

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENEDORES
25 Números, 2'50 pesetas.



PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
De ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño
todo enemigo pequeño.

A CORRESPONSALES Y VENEDORES
25 Números, 2'50 pesetas.

NUMERO ATRASADO, 30 CÉNTIMOS

ESTÉ PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID.....	Un mes..... 1 peseta
	Trimestre... 2,50
	Año..... 10

FUNDADOR
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS	Un Trimestre..... 3 pesetas
	Semestre..... 6
	Año..... 12

EN LA PUERTA DEL CIELO

En esas regiones superiores, en esos espacios misteriosos que los ojos de la materia no alcanzan y que sólo puede fingirse la mirada del espíritu; en esa gloria que la religión promete al justo, por la que muere el mártir y de que duda el sabio, vive, según dice la doctrina católica, una vida eterna y bienaventurada aquel apóstol Pedro á quien el Cristo dió, con las llaves de su reino, la facultad de conceder ó negar la entrada en el Paraíso á cuantos pecadores lleguen á sus puertas cargados con el pesado fardo de la culpa ú orgullosos de su virtud.

Estaba un día Pedro recordando la fatal noche en que negó á su Divino Maestro por tres veces, cuando vió que hacia él venía, con paso firme, una mujer vestida con esos hábitos tristemente poéticos, de color sombrío y de grosero aspecto, que llevan las Hermanas de la Caridad. Iba ya el apóstol á cortar el paso, para preguntarle quién era y cómo había vivido, antes de darla ingreso en el reino de los cielos, cuando por el lado opuesto á la primera, apareció otra mujer que caminaba lentamente, con la frente baja y como temerosa de haber andado en vano y de tener que deshacer lo andado. Venía completamente desnuda; había sido en la vida cortesana, y al empezar ese viaje que el alma emprende cuando muere, había renunciado á las galas que cubrían sus formas, ganadas con los besos del pecado y realzadas por el brillo de la hermosura.

Chocaron, desde luego, al varón santísimo la actitud resuelta, segura y decidida de la una para entrar en el cielo, y la cortedad é incertidumbre de la otra; el que una viniera á reclamar su parte de Paraíso, cual si tuviera el billete comprado de antemano, y el que la otra pareciera, en su ademán y su postura, implorar, como limosna de la gracia divina, su asiento entre los elegidos.

—¿Quiénes sois?—las dijo—¿Cómo habéis creído penetrar en la gloria sin que antes yo conozca vuestras vidas, sin que, conforme á lo que me fué concedido, ate ó desate el hilo de vuestras esperanzas, según encuentre en él de prietos los nudos de la culpa? ¿Quién erés tú, que envuelto el pálido rostro en blancas tocas, vestida de burda lana y con rosario á la cintura, tan fácil crees la salvación eterna? ¿Y tú, que desnuda como la imagen de la verdad, vienes humilde, temerosa, escudados los ojos por las lágrimas y todavía húmedos los labios por los besos?

—Yo—dijo la Hermana la Caridad—nací rodeada de las galas del lujo; pasé mi infancia entre los halagos del cariño, y entré en la juventud por esa misteriosa puerta de las ilusiones, que solo se franquea una vez y en repasar la cual parece que se consume nuestra vida. Desperté á la adolescencia al calor del fuego del amor primero; en su divina llama se abrasó mi alma, casi se consumió mi espíritu, pero mi cuerpo permaneció puro, y no llegué á gustar del placer más que el deseo. Conservé limpia, como la piel del blanco armiño, mi pureza, y mortifiqué mis sentidos; resistí el grito tentador de la naturaleza, cuando en la primavera corre por nuestras venas, ardiente y como brasa líquida, la sangre que afluje á los labios para evaporarse en besos, y la fuerza que se agolpa á los brazos para estrechar al hombre amado; cuando en el otoño de la vida sentí invadido mi cerebro por todas esas ideas que la mujer adivina, pero que la virgen no se explica, y mi corazón por todas las pasiones de una juventud contrariada, cuando el fuego que devoraba mi alma no era el amor de los primeros años, no la inquie-

tud vaga y misteriosa que presente las dichas del amor cumplido, sino el sacudimiento histórico de un temperamento ardiente y comprimido, entonces busqué en las lágrimas del alma raudales con que anegar el incendio de los sentidos; y aquella culpa que no llegué á cometer, pero que deseé ver consumada, y que me fingí con deleite en los lúbricos antojos del voluntario ensueño, lloré más llanto y más amargo que el que vierte el sincero arrepentimiento sobre el crimen. Entonces, con alma que inspira deseos y sin fuerzas que los contrarrestaran, como flor que, privada de dar al viento el aroma que exhala, muere, marchitos y abrasados los pétalos por la misma intensidad de su perfume, sentí desfallecer mi espíritu y vi trocarse en páldios y débilmente sonrosados aquellos labios míos, cuya candente grana había mojado con mi aliento de fuego mientras prodigaba á un fantasma creado por la fiebre besos que ensordecían mis oídos ó murmuraba en ellos frases y suspiros impregnados de voces misteriosas que entonaban el epitafio de una boda eterna. Luego, cuando la prematura vejez me devolvió una razón que jamás creí haber tenido, y la nieve de la cabeza sofocó el humeante incendio del corazón despedazado, entonces pensé en ese Dios que ama y perdona, y amé con el pensamiento cuanto no pude amar con los sentidos. Arroje lejos de mí por enojosas é inútiles las galas, las joyas y las flores; rasgué los rasos que se ajaron de celos ante la suavidad de mis mejillas, las sedas que ocultaron los latidos de mi corazón; aborrecí cuanto me había servido para convertir mis encantos en promesas... Cefí estas tocas, vestí esta falda, y todo el amor que sentía quise verterlo como inmensa oleada de ternura sobre esos seres cuyo amor había ambicionado tanto sin lograrlo, devolviéndoles bien por mal y cuidado por olvido. Corrí á los hospitales en que padecen primero y mueren luego abandonados de la fortuna, y también los locos que creen tenerla siempre por amiga; enjugué las lágrimas del que al llegar su última hora no tenía otros ojos que recogieran la mirada de los suyos; curé las pestilentes llagas del vicioso; cerré las heridas que el hermano infirió al hermano; sofiqué con mi mano la última maldición de la boca del blasfemo, y con las palabras de mi rezo acallé la postrer imprecación del réprobo. Volé á los campos de batalla, y, envuelta en tempestades de plomo, me arrodillé junto á esos héroes anónimos á quienes la patria solo exige, no una vida gloriosa, sino una muerte oscura; escuché de sus labios la última palabra de amor para la amada, la última frase de confianza para el amigo y la última oración para la madre, ese rival eterno de Dios en el corazón del hombre... He visto morir al marino alejado de la costa; al soldado, de la patria; al hijo, de la madre, al hombre divorciado de la razón y la justicia, y dando consuelo, vida, calor y fe á muchos, he llorado y rezado por todos. ¡Mío es el reino de los cielos!

—Yo—dijo entonces la cortesana, temerosa de que su vida pareciera al santo apostol un tejido de horrores—no he tenido familia. En la escalinata de la puerta de un templo me abandonó una madre que no entró en la santa casa á bautizarme, ignorando que la que penetra culpable sale purificada por el dolor de su desgracia. Me criaron pechos pagados con el dinero de esa limosna pública que envilece al pobre sin socorrer al triste, y fui educada en un hospicio entre niñas como yo, hijastras del amor, ó hijas del vicio. Encerradas todo el mes, sacábamnos á paseo algunas veces formadas de dos en dos, como jauría de perros; todas éra-

mos feas, como si en el rostro lleváramos pintada la turbación de una pasión culpable, la mancha de un placer infame, ó la priesa de un amor robado.

Cuando salí del Hospicio, quise ganar honradamente mi sustento. Entonces supe que el pobre, con sus propias lágrimas, acibara el pan que come.

Vi al mismo tiempo, si no honrada, favorecida la holganza; pagados los favores de la hermosura con la pompa y el esplendor de la riqueza; vi hacer de la virtud comercio, de la belleza tráfico, del pulor mercancía, y me arrojé en la circulación de esos valores que respiran, cuya cotización casi regulan los poderes y algunos miran todavía como á más que bestias y menos que mujeres.

Entré en la bacanal de la vida vendiendo belleza á los que ya no pueden conquistarla, sentí sobre mi mejilla el beso frío del indiferente que da satisfacción al instinto sin sentir amor, y sobre mis labios rastreó babeando la boca inmundada del viejo decrepito y vicioso. La nieve de mi frente se trocó en cieno; las rosas de mi pecho se ajaron como flores presas por una mano abrasadora; á semejanza de las bacantes paganas, sentí en la boca el espachurrarse de los negros racimos oprimidos por otros labios más ardientes que los míos, y juntas con el jugo embriagador del fruto, me quemaron el rostro las llamaradas del sonrojo.

En vano protestó mi conciencia de aquella esclavitud odiosa y denigrante. Apenas salían de mis labios frases de arrepentimiento, y ya en mis oídos sonaban risas de incredulidad.

Solo para el mal encontré anchas todas las vías, risueños todos los rostros, generosas todas las manos. Llegó el día de mi muerte, y la vida que empezó en una calle, siguió en un hospicio y continuó en los más brillantes lupanares; acabó en un hospital, no templo de la caridad, sino lugar donde, al volver los ojos, creí ver revestidos los muros de espejos fidelísimos de mi pasado, no hallando por do quiera otra cosa que asco, vergüenza, odios y rencores. Viví reconociéndome inocente y despreciándome á mí misma. ¡Por lo que he sufrido, dejadme entrar en el reino de los cielos!

—Entrad las dos—dijo San Pedro—pero tú, pecadora, entra delante; y vos hermana, entrad también, más no fundéis en vuestra virtud tanto orgullo, que si no os envío al infierno, es porque ya lo habéis pasado en vida.

JACINTO OCTAVIO PICON.

LA CUESTIÓN DEL "ALLIANCE"

Una vergüenza más. ¡Y eso que importa! Cuando el rostro se curte, la injuria, por afrentosa que sea, no logra colorear la piel.

Los Estados del Norte de América, abusando del temor que sienten nuestros gobernantes á toda complicación de carácter internacional, no pierden ocasión de humillarnos y escarnecernos, y buena prueba de lo que decimos es la osada trapacería de ese Mr. Gresham, yankee de nacionalidad y filibustero de oficio, noblemente denunciada por el caballeresco conde de Hobbirk y confirmada con carácter oficial por el señor Murruga, nuestro último representante en Washington.

Expongamos los hechos:

El Conde de Venadito cumpliendo órdenes recibidas de su comandante, se hallaba cruzando las costas cubanas. La frecuencia con que por aquel entonces se



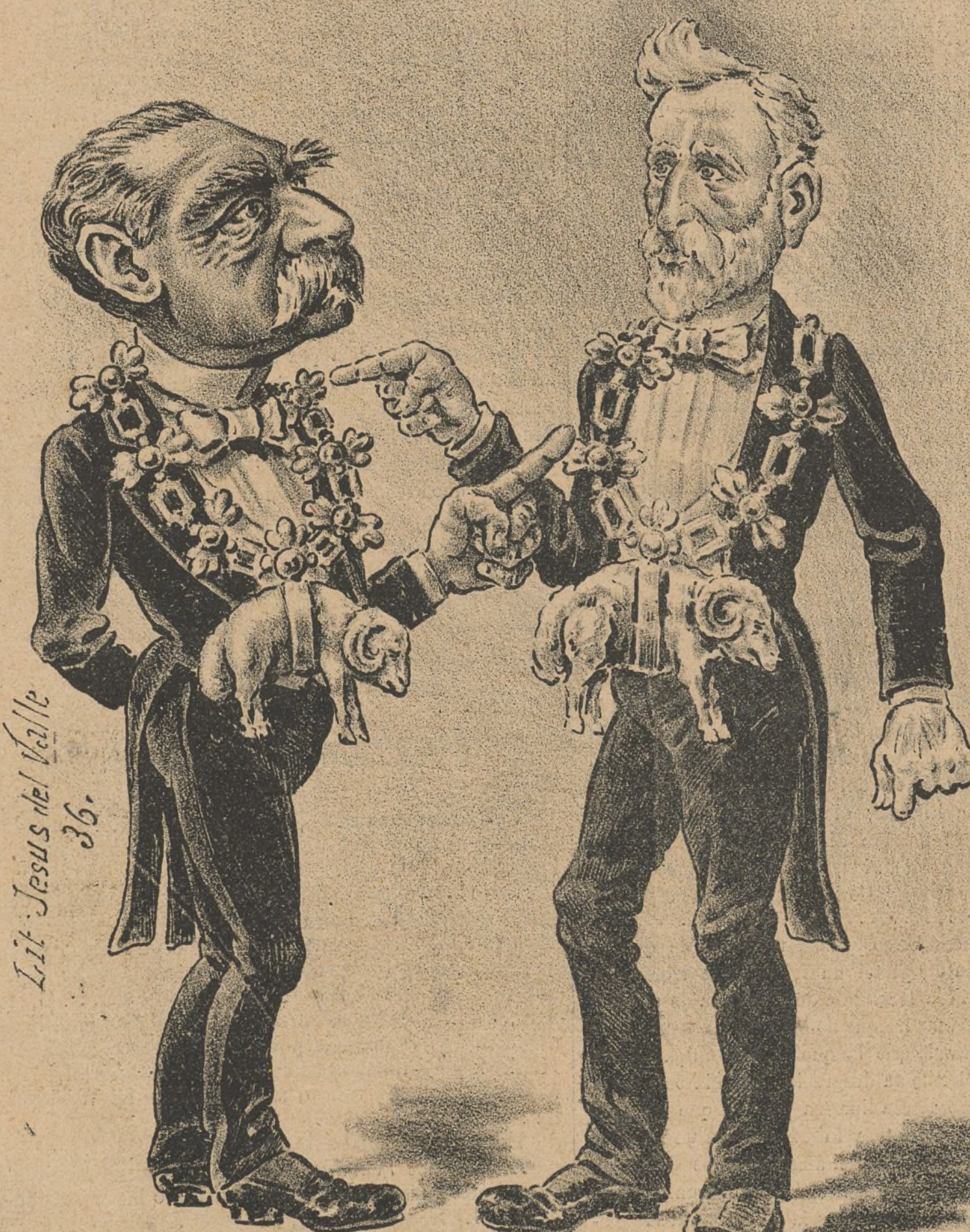
DON QUIJOTE



¡Salto al rey!



-Dicen que los carlistas van a echarse al campo.



*-Una cruz veo en tu pecho.
¿Que otra picardía has hecho?*



Y ahora, ¿de donde saco yo más soldados?



Diógenes

-Y hace veintin años que aguardo inutilmente.



El mal ladrón.



El indulto de García Pelaez.

hacían alijos de armas, obligaba á la tripulación á extrema vigilancia.

Y caminando el crucero por aguas jurisdiccionales españolas, el cerniola distinguió un buque, que por lo extraño de sus maniobras, se hacía sospechoso. El oficial de cuarto mandó hacer rumbo hacia él, pero al barco sospechoso no le era grata la visita de nuestro crucero y forzó sus fuegos y emprendió la huida. Entonces el *Conde de Venadito* disparó sobre aquel buque, que no era otro sino el *Alliance*, que se dirigía á Cuba con contrabando de armas.

El gobierno de Washington, enterado del suceso, se creyó en el deber de protestar de que el *Conde de Venadito*, cumpliendo con su deber, hiciera fuego sobre un buque norteamericano, aunque éste fuese portador de armas para los filibusteros.

Y el gabinete que preside al Sr. Cánovas, dió toda clase de satisfacciones al gabinete de Washington, reconociendo de buen grado que el *Alliance* no llevaba contrabando de armas, y que el *Conde de Venadito* hizo mal en cañonearle.

Y para mayor vergüenza, los dos españoles que en este bochornoso asunto mediaron, obtuvieron, como premio á su entereza, la pérdida de sus respectivos destinos.

El comandante del *Conde de Venadito* y el Sr. Muruaga, dejaron de ser *personas gratas* para nuestro gobierno.

La vanidad yankee ha sido satisfecha, y ese Gresham, capitán del *Alliance*, yankee de nacionalidad y filibustero de oficio, puede, cuando quiera, desembarcar en las costas cubanas sus cargamentos de armas, que los barcos de guerra españoles, anclados en los puertos de la isla, no osarán cerrarle el acceso á la costa.

**

Confundir á los españoles con sus gobernantes actuales, es arriesgado, y esta fábula *del león enfermo y el asno*, puesta en acción por los yankees, puede tener malas consecuencias para ellos, el día que nos decidamos á contestar á sus coces de *asno* con nuestros zarzapos de *león*.

A LA LENGUA

Lengua, cansado ya estoy
de aguantarte noche y día
y á pedirte cuentas voy
de tanta maladería
cual dije y oí hasta hoy.

Es causa tu insensatez
de dolor, perjuicio ó mengua,
pues haces más de una vez
que, si por la boca el pez,
muera el hombre por la lengua.

Acaso como castigo
de su intemperancia loca
y cual perpetuo enemigo,
te lleva el hombre consigo
como culebra en la boca.

Y á esta creencia me aferro
pues no séivot á mi nombre!
por qué imperfección ó yerro,
es tan nocivo en el hombre
lo que es tal útil al perro;
ni qué razón singular
ó capricho baladí

hace, cual puede observar,
que es quien debe más callar
quien más abusa de tí.

De la razón enemiga,
traidora del corazón,
ningún respeto te liga
cuando el interés te obliga
á la prevaricación.

Parece que tus resabios
hacen que el rubor te venza
y que escondas tus agravios,

oculta tras de los labios
y encarnada de vergüenza.

Sé que eres solo pregón,
inconsciente y sin razón,
badajo de la campana
que suena en el alma humana

con tan discordante son;
pero sin este badajo
de que se puede hacer uso
fácilmente y á destajo,
costando hablar más trabajo,
fuera menos el abuso.

Y no habría tanto exceso
de charla garrula y hueca;
que la maldita sin hueso
á un pendiente en sabio trueca,
sobre todo en el Congreso.

Si pudiese, cortaría
la lengua á la humanidad,
y tranquilo quedaría;
mas ¡pese á mi voluntad!
tan sólo mando en la mía.

Así, lengua mía, ten
en cuenta que mando en tí:
habla poco y habla bien,
si no quieres ¡pese á mí!
que tengamos un belén.

Te condenaré al mutismo;
pues no obstante nuestros lazos,
de rabia en un paroxismo,
quizá te corte en pedazos
por no escucharme á mi mismo.

F. MORENO GODINO.

CASTELAR

Es el desertor.

Pobló el mundo de ruidos armoniosos, arrulló la libertad con cantos de sirena, azotó el despotismo con rumores de mar enfurecido y obligó al mundo entero á escuchar aquella melodía que tenía la facilidad del ritmo heleno, la tristeza indignada del treno hebraico, la melodía de los tribunos del Lacio y el rumor atrevido y clásico de los últimos soñadores de la Girona.

El tuvo en su acento la unión armónica de los Santos Padres, é indignado como Crisóstomo al pie de un trono prostituido, pudo exclamar como él: «Aún queda algo de la raza de Jetzabel y aún combate la gracia por Elías.»

Todo en él era melodía.

Fué el Zorrilla de la tribuna española.

Al conjuro de su voz armónica, como al de la citara del viejo bardo, se ponían de pie y se alineaban los muertos coronados del Escorial, se alzaban del polvo con sus rotas armaduras los viejos caballeros castellanos; se poblaban de sombras ilustres los góticos castillos, suspendidos como nidos de águilas sobre el peñasco enhiesto; combatían los vascos; huían los mauritanos; pasaba triste y fuerte la vieja raza céltica; combatía Ataulfo; tocaba Viriato su cuerno en la montaña; se oía el estruendo del Guadalete; tronaba Roncesvalles, y Zaragoza ardía...

La España no ha tenido voz más armoniosa ni canto más sublime.

Cicerón le dió su verbo y su debilidad; Demóstenes le negó su carácter; Isócrates su altivez viril.

Aún lo recuerda el mundo cuando en el apogeo de su gloria tribunicia, de pie sobre el volcán inflamado de la Revolución española, lanzaba en ondas de luz sus frases formidables sobre aquel océano en tempestad.

El descenso comenzó allí. La serie de sus apostasias empezó rápida y funesta.

El, el enemigo de la pena de la muerte, alzó los cadalsos por doquiera.

El, el defensor de la libertad de la prensa, la rompió como lo hubiera hecho un soldado salvaje.

El, cuyos ojos se humedecían hablando de cadalsos, dejó fusilar sin piedad á los hombres del *Virginus*.

El, el hombre de la humanidad, cuando de la independencia de Cuba le hablaron, exclamó: *Primero soy español que republicano*.

Después... como la luz moribunda de la tarde en la llanura, siguió arrastrándose y arrastrándose hasta perderse en la densa penumbra en que ha desaparecido.

Así cayó el grande orador español.

No fué como Demóstenes á envenenarse en el templo, arrojando sobre los soldados la tremenda frase: «Llevad mi cuerpo al tirano, pero mi alma es libre.»

No desapareció como Cicerón doblando estoicamente su cuello á la espada del liberto.

No cayó como Dantón sacudiendo su melena en la mano del verdugo, pero fiel á la República.

No se eclipsó como Vergniaud en brazos del heroísmo, cantando un himno melancólico al derecho.

No desapareció como Gambetta, en brazos de la patria entristecida, fiel á la libertad y al Pueblo.

Su desaparición no tiene sino un ejemplo semejante: el de Emilio Olivier, el gran tráfuga anatematizado por él, y que saltó de la tribuna liberal al pie del trono vacilante de Napoleón III, para envolverse en su púrpura y rodar en su caída...

Castelar no supo morir en plena gloria. Su orgullo lo mató.

Comprendiendo que la República sería, pero que él ya no sería el primero en ella, volvió la espalda á la República. La sombra del liberalismo lo asustaba.

Su edad y un resto de soberbia lo mantienen aun sin abrazarse públicamente al trono.

¡Triste eclipse el de esta alma soñadora!

Al volver la espalda á la República, la gloria se la volvió á él.

La vanidad fué la muerte de aquella alma.

Enamorado de sí mismo, como Narciso, se ahogó en la fuente de su misma contemplación, y la flor, la pálida flor que nazca sobre su sepulcro, no se llamará, no, la flor de la inmortalidad.

¿A dónde irá el tribuno tráfuga en el espantoso retroceso de sus ideas?...

LANZADAS

El gobernador de Alicante ha venido en uso de licencia á Madrid.

Y miren ustedes si son mal intencionados los huelguistas de Alcoy.

Aprovechando la ausencia de la citada autoridad, han reanudado sus trabajos.

De modo que ya sabe el gobierno el remedio para que no se reproduzca la huelga.

Que el Sr. Madariaga no vuelva á poner los pies en su insula.

¡Oh, la popularidad!

Lean ustedes el siguiente telegrama de Tortosa:

«Ayer se inauguró solemnemente en esta población, la galería de tortosinos ilustres, en la cual figura el retrato del señor ministro de Fomento.

En la casa donde nació el Sr. Bosch, se ha colocado una lápida conmemorativa.»

¡Bosch lapidado!

¡La Providencia es justa!

Diálogo cogido al vuelo:

—Estamos amenazados de un conflicto internacional.

—¡Hombrel! ¿Y por qué va á producirse ese conflicto? ¿Por la cuestión del *Alliance*?

—¡Cal!

—¿Por el negocio Mora?

—¡Tampoco!

—Pues no acierto...

—¡Por haber expulsado á Mazzantini del territorio francés!

—¡Y luego dirán que el gobierno no sabe defender nuestros derechos!

(Histórico).

La Compañía Trasatlántica ha llevado á los tribunales á nuestros queridos colegas *La Justicia*, *El Resumen* y *El Diario Español*.

¡Muy bien hecho!

Porque así quedará demostrado que el transporte de nuestras tropas se hace en buenas condiciones por la acaudalada Compañía.

Un telegrama de San Sebastián:

«El Sr. Romero Robledo regalará al diestro Guerrita una magnífica escopeta de caza, por haberle brindado Rafelillo el quinto toro en la corrida de ayer tarde.»

¡Una escopeta!

Encontramos algo insignificante el regalo.

¡Si siquiera le hubiera dado una plaza de juez suplente!...

El Sr. Danvila—ya saben ustedes, el ministro relámpago—ha averiguado que no ha habido tal batalla de Villalar.

¡Estos sabios averiguan unas cosas!...

Y díganos el Sr. Danvila:

¿Y en Gobernación ha habido fondos secretos?

De Estrañi:

La reina regente ha ofrecido 1.500 pesetas al vencedor de una de las carreras de caballos.

La carrera de médico

hace ricos á pocos;

la de abogado, apenas

le saca á uno de agobios;

la del profesorado...

léanse los periódicos.

¿Qué carrera, señores,

es la que da más oro?

Ni discutirlo cabe;

¡la carrera de petrol!

De Ricardo de la Vega:

Un alguacil, sin mesa ni poltrona,

es MINISTRO, aunque no de la corona.

Por eso á un alguacil, si eres discreto,

debes de tratarle siempre con respeto.

Porque en lo militar y en lo civil,

un MINISTRO no es más que un alguacil.

PERSONAJES DE MOMENTO

LA BELLA CHIQUITA

Diana Nucé, la *Bella Chiquita*, ha vuelto á visitarnos. Esta es la única novedad de la semana.

El buen público madrileño, siempre aficionado al escándalo, ha llenado estas noches el Circo de Colón, donde se exhibe la artista, para gustar del sabroso placer de verla mover sus anchas caderas.

La noche del *debut*, cuando la hermosa muchacha apareció en la pista con la garganta desnuda y el seno mal cubierto, el público sintió ese escalofrío nervioso de las grandes emociones.

Ella se dejaba admirar y sonreía satisfecha, enseñando sus blancos dientes.

Y cuando la artista comprendió que el público era suyo, que podía disponer de todas aquellas voluntades, comenzó á cantar con su voz desagradable de pilluelo, uno de esos deliciosos *couplets* franceses, picante como una guindilla.

La pobre muchacha desafiaba que era un contento pero la gente no la oía, entretenida en admirarla.

El efecto que Diana Nucé produce en el sexo fuerte es admirable.

Hay quien se congestiona por la fuerza de la emoción.

Las mujeres, aunque algo ruborizadas, estudian en ella actitudes y movimientos, observándola á través de sus abanicos. Se la admira y hasta se la envidia. ¡Oh, poder de la belleza!

Cuando terminó de cantar, miró audazmente al público, moviendo sus anchas caderas. Entonces la muchedumbre prorrumpió en aplausos. Un espectador gritó entusiasmado:

—¡Olé, las francesas!

Y todos asintieron á esta manifestación:

¡Olé, las mujeres!

Y la *Bella Chiquita*, halagada por aquella ovación, se adelantaba al público enviándole besos con las manos...

**

El triunfo de la *Bella Chiquita* ha sido el triunfo de la Belleza y de la Juventud.

El público se ha dejado convencer fácilmente por esa hermosa muchacha de ojos azules y boca de rosa.

Como Nana en la *Rubia Venus*, la *Bella Chiquita* no ha necesitado, para llegar al corazón de la gente, sino mostrar su garganta desnuda y su seno de nieve.

Y yo creo que la Moral no tiene por qué querellar-se de la exhibición de esa muchacha.

La *Bella Chiquita* no es más si no un hermoso ejemplar de la estatuaría humana.

Admirémosla, pues, devotamente, que admirar la Belleza no es, ni puede ser nunca, motivo de escándalo.

MIGUEL SAWA.

Diego Pacheco, impresor, Plaza del Dos de Mayo, 5.